

al leproso, ya curado, que se presentase al sacerdote, en cumplimiento de lo que estaba en ella mandado. ¡Oh dulce Jesús! Avergonzado de la inmundicia de mis pecados, me postro delante de Vos y os adoro humildemente. Señor, si queréis, podéis limpiarme; tocadme con vuestra mano poderosa; desplegad vuestros labios y mandad á mi lepra que se retire, y al instante quedaré limpio. ¿Nos disponemos para esto con las virtudes que nos enseña el leproso?

Punto 2.º Considera cómo entrando Jesús en Cafarnaum, un centurión le envió un recado pidiéndole la salud de un siervo suyo. Dirigiase el Señor á casa del enfermo, y en un segundo recado el centurión le hizo presente su indignidad y la viva fe que tenía en la omnipotencia de su palabra; por lo cual, Jesús alabó públicamente su fe y concedióle lo que deseaba. En este suceso debes admirar las muchas y raras virtudes de este centurión gentil. Contempla particularmente su fe, que en cierto modo causó admiración al mismo Dios; su caridad y humanidad, por la cual se compadece de su siervo, como si fuera un hijo; su humildad, confesándose indigno de recibir en su casa á Jesucristo; su piedad y confianza, con la cual espera el remedio de la enfermedad de su criado; su devoción, celo por la gloria de Dios y desprendimiento de los bienes materiales, amando mucho á los judíos, con ser él gentil, y llegando hasta á edificarles una sinagoga con sus propios intereses; y, finalmente, el admirable ejemplo que da á todos los padres de familia, enseñándoles el cuidado que han de tener de sus criados, tanto en lo corporal como en lo espiritual, y el modo de recurrir á Cristo en todas las necesidades y trabajos que les asalten. ¿Imitas tú, siendo cristiano y religioso, las virtudes de este hombre gentil? Si no lo haces, oye con temblor la palabra de Jesús, que á ti se dirige especialmente: «Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, y entretanto, los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores». Lo cual, aunque literalmente alude á los judíos, que por su incredulidad habían de ser reprobados, ocupando los gentiles el lugar que debían ocupar ellos; con todo, en un sentido moral, puede entenderse de todos aquellos que pertenecen á la Iglesia, y sobre todo de los sacerdotes y religiosos, verdaderos hijos predilectos que ocupan un lugar muy distinguido en el reino de Jesucristo, que es la Iglesia; los cuales, si no hacen las obras que son propias de tales hijos, serán vergonzosamente desechados, y en su lugar puestos otros que reconozcan mejor los beneficios de Dios y se aprovechen más de ellos. ¡Oh Redentor mío! Confieso que por mi ingratitud, incredulidad y rebeldía he merecido ser reprobado y arrojado en las tinieblas exteriores, y sólo á vuestra infinita bondad debo el que me conservéis todavía en vuestro reino; haced que conozca las finezas de vuestra miseri-

cordia, y corresponda á ellas haciendo siempre obras dignas de tal reino.

Epilogo y coloquios. ¡Oh si conociésemos cuánto nos daña y afea la lepra de nuestros pecados! Jamás la lepra corporal ha podido perjudicar tanto á un hombre ante sus semejantes, como el pecado nos perjudica delante de Dios y de sus ángeles. El leproso del Evangelio conoce su miseria, y con fe viva, humildad profunda, confianza ilimitada y fervor ardiente, obtiene del divino Jesús, no sólo que se digne tocarle con su omnipotente mano, sino que le libre repentinamente de su hedionda enfermedad. ¿Por qué nosotros no nos presentamos á este celestial Médico con las disposiciones que este leproso? ¡Ah! Es que no tenemos por nuestra alma el interés que este enfermo tenía por su cuerpo, ni siquiera el interés que se tomaba el Centurión por su vil esclavo, víctima de dolorosa enfermedad. ¿Y no tememos presentarnos ante el Señor con la asquerosa lepra de la culpa? ¿No tememos que, aunque hijos del reino, nos veamos entonces desechados, y hayamos de contemplar á otros menos favorecidos que nosotros que están sentados en gloriosos tronos? Reflexionemos bien sobre esto; y ahora que tenemos gracia y tiempo, ordenemos y arreglemos nuestra vida del modo que quisiéramos morir. Al efecto, propongamos y pidamos por nosotros y por todos.

DOMINICA IV DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús en la nave con sus discípulos, levantóse una brava tempestad mientras Él dormía. Espantados los discípulos, le despiertan: manda á los vientos que cesen, y sobreviene una apacible bonanza.—(Matth., viii, 23-27.)

PRELUDIO 2.º Representate este suceso como si te hallaras en él.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener viva fe y segura confianza en Jesús.

Punto 1.º Considera cómo, subiendo Jesús á un navío, seguido de sus discípulos, echóse á dormir sobre de un cabezal en la popa, porque estaba muy cansado de los trabajos apostólicos á que se había entregado aquel día. Al momento se levantó tan recia tempestad, que la nave se llenaba de agua; de lo cual, asustados los discípulos, le despertaron, diciendo: «Señor, sálvanos, que perecemos». Permitted el divino Maestro que se alzase tan deshecha tempestad estando Él durmiendo, ya para ejercitar la fe, confianza, constancia y laboriosidad de sus discípulos, ya para darles una nueva muestra de su poder, calmándola instantáneamente; ya también para enseñarnos que, en apartándose Él del alma, según su presencia y devoción sensible, pronto se ve combatida de duras y peligrosas tentaciones; ya, por fin, para que deduzcamos qué sucederá á la pobre alma que le arroje de sí con el pecado, viendo lo que pasa cuando no hace más que

dormirse. ¡Qué tempestad! ¡Qué turbación! ¡Qué agitación! El corazón del impío es como un mar alborotado, que no puede descansar un instante. Pondera cómo, en medio de tan espantosa tempestad, Jesús duerme tranquilo; en lo cual nos representa la paz y sosiego del justo entre los vaivenes y tempestades del mundo. Si tú quieres disfrutar de tan apacible tranquilidad, procura tener siempre buena conciencia, huyendo de toda culpa, aun ligera; completa resignación en las manos de Dios; perfecta obediencia á todos sus mandatos, y sólida confianza en su bondadosa providencia. Estas virtudes son el cabezal sobre el que duerme tranquila el alma del justo. Mira, finalmente, á los discípulos cómo en tal peligro no se descuidan ni se están con los brazos cruzados; antes, trabajan, reman, luchan contra la tormenta, porque no quieren interrumpir el descanso de su amado Maestro; mas viendo que la tormenta, en vez de calmarse, arrecia, despiértanle, manifestándole el peligro que les amenaza. Y nosotros, ¿qué hacemos en las tentaciones? ¿Acudimos con fervor á Jesús? ¡Oh amoroso Maestro! Salvadnos, que perecemos; todos los días vemos sucumbir innumerables almas en este mar borrascoso del mundo, sumergiéndose hasta el profundo del abismo; tenednos con vuestra poderosa mano, y libradnos de tan espantosos y continuos peligros.

Punto 2.º Despertándose Jesús, reprendió la poca fe de sus discípulos, é imperando á los vientos y al mar, hizose de repente una completa calma, lo cual llenó de estupor y admiración á todos los presentes, que se decían: ¿Quién es este á quien obedecen los vientos y el mar? Considera cómo el Salvador, antes de obrar el milagro y dispensar el favor que le pedían, reprendió la poca fe de sus discípulos, que temían estando con ellos el Señor de los elementos. El profeta David mostraba mayor confianza que ellos cuando decía: «Aunque anduviese entre las sombras de la muerte, no temeré los males, porque Tú estás conmigo». Reprendiólos también con aparente aspereza, porque esta es la providencia de Dios, humillar antes de ensalzar, afligir antes de consolar, dejar sentir la propia debilidad antes de acudir á socorrer con su omnipotencia. No temas las reprensiones del Señor, porque ni se airará perpetuamente, ni amenazará eternamente. Observa luego cómo Jesús, dando una mirada al mar embravecido, le dice con imperio: «Calla, enmudece»; y á la voz de Jesús cesa de repente el viento, páranse las olas, disípanse las nubes, y la calma más completa y apacible sucede en un instante á la mayor tempestad. ¡Oh poder infinito de Jesús! ¿Quién no confiará, viendo los efectos tan portentosos que realizáis? ¡Cuánta es la benignidad de este amantísimo Padre! Á pesar de que los Apóstoles le han rogado con escasa fe, no por esto ha dejado de oír su oración. Y si tal tranquilidad concede ya en este mundo, ¿cuál y cuán grande será la que dispensará á los justos en el otro? En la

admiración que se apodera de las gentes que presencian el milagro, puedes ver cómo es admirable á los ojos de los hombres, y aun de los ángeles, el hombre que sabe imperar á sus pasiones, y conservarse tranquilo entre los encontrados combates que ellas levantan. Por esto dijo el Espíritu Santo: «Mejor es el paciente que el fuerte, y el que domina su ánimo, que el conquistador de ciudades». ¡Oh Dios omnipotente! Mandad con imperio á mis pasiones, y ellas os obedecerán; decid las que callen, y callarán; que enmudezcan, y al instante me hallaré en grande tranquilidad; pero, si queréis que luche, dadme, Señor, constancia y fortaleza en el combate, para que no sea vencido.

Epílogo y coloquios. ¡Qué documentos tan excelentes y prácticos, qué ejemplos tan santos y provechosos, y qué muestras y pruebas tan admirables de la bondad y poder de Jesús hallamos en el Evangelio de este día! Jesús sube á una nave, y se entrega á un momentáneo descanso. Dormirse Jesús, y levantarse una recia tempestad, es una misma cosa. ¿Qué harán los discípulos en tan apurado trance? Ellos no se duermen, ni siquiera se atreven á interrumpir el sueño necesario de su divino Maestro. Trabajan, reman, hacen esfuerzos supremos para salvar su pobre navecilla; y sólo cuando ven que la tempestad los va á sumergir en el profundo abismo, se resuelven á despertar á Cristo. No demoremos nosotros tanto el llamar á este divino Señor; sea este nuestro primer cuidado en la tentación; no nos fiemos de nuestros medios y trabajos, porque sin duda pereceríamos. Despierto ya Jesús, da una mirada á las agitadas olas y alborotados vientos, y con imperio les dice: «Calla, enmudece». ¡Oh poder de la palabra de Jesús! La más completa calma sucede de repente á la más deshecha tempestad. ¿Cómo es que no confiamos más en el Señor? ¿Será necesario aún que reprenda nuestra poca fe como á sus discípulos? No seamos tan duros para creer, contemplando tales portentos. Hagamos eficaces propósitos, fervientes y confiadas súplicas, rogando por nosotros y por los demás.

DOMINICA V DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

PRELUDIO 1.º Semejante es el reino de los cielos á un hombre que sembró buena semilla: el enemigo sembró en pos de él la cizaña, y queriendo los criados arrancarla, no se lo permitió su amo. —(Matth., XIII, 24-50.)

PRELUDIO 2.º Representémonos al enemigo sembrando maliciosa y ocultamente la cizaña en medio del buen trigo.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de estar siempre vigilantes, y no dejarnos sorprender del enemigo.

Punto 1.º El reino de los cielos es semejante á un campo, en el que, habiendo sembrado su amo buena semilla, el enemigo sembró cizaña, y viéndola los criados, preguntáronle de dónde

había venido; á lo que respondió: «El hombre enemigo la hizo.» Sobre esta primera parte de la parábola has de considerar cómo, según la explicación del Salvador, el sembrador de la buena semilla es el Hijo del hombre, el campo es el mundo, la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos malvados. Mira la bondad del Señor, el cual, sin tener necesidad de los hombres, sólo por hacerles bien, vino del cielo á la tierra, dispuso el campo de su Iglesia en medio del mundo, y por medio de los Santos Sacramentos, especialmente por el Bautismo, sembró en él la semilla de los justos. ¡Qué semilla tan buena! ¡Cuán poderosa es para producir otros semejantes á ellos! Este mismo Señor, en el campo de nuestro corazón, no cesa de sembrar la buena semilla de los santos pensamientos, piadosos deseos, vivos remordimientos y avisos interiores, destinados á germinar y á producir abundantes y regalados frutos, si nosotros por nuestra malicia no lo impedimos. Pondera cómo el enemigo, esto es, el demonio, ó su ministro, el escandaloso, está acechando el momento oportuno para sembrar la cizaña. Él no descansa, siempre vela; y ¿tú te entregas á una ociosidad reprehensible? Mientras estés durmiendo el sueño de la tibieza y del descuido en el cumplimiento de tus deberes, él sembrará la cizaña de los malos deseos y pésimas imaginaciones en tu corazón, y la cizaña de los hombres malos y escandalosos en medio de los que tienes á tu cargo y en el campo que tú debes guardar. ¡Oh cuánto importa estar siempre en vela y orar, para no sucumbir en la tentación! Mira también el celo de los criados del Padre de familias, que con el mayor dolor, sentimiento y sorpresa le preguntan cómo tiene cizaña en su campo. Propio es de las personas abrasadas en santo celo el afligirse por los males y desórdenes que ven en la Iglesia, y acudir á Dios pidiéndole remedio de ellos. Si tú ves con ojos enjutos los pecados; si tu corazón no se entristece al contemplar la inmoralidad, irreligión y abandono de la fe que cunde tanto en el mundo; si no sientes pena al ver á los malvados prosperando y á los buenos arrinconados; á los impíos en los primeros puestos y á los justos despreciados, ten por cierto que no tienes celo de la gloria de Dios y bien del mundo. ¡Oh divino Sembrador! Mirad que vuestra semilla, ó queda sin fructificar, ó se convierte en cizaña por los ardides del enemigo; ved que vuestro campo está convertido en un espantoso y seco erial, que no produce ningún fruto; mostrad vuestra omnipotencia y bondad sembrando en él más abundante semilla de buenos, y tan preciosa y fructífera, que dé el ciento y mil por uno.

Punto 2.º Considera cómo, deseando los criados arrancar la cizaña, impidiólo su amo, diciendo: Dejad que crezca hasta la siega, y llegada ésta, diré á los segadores: Coged la cizaña y atadla en gavillas para el fuego, y al trigo ponedlo en mi granero. Pondera cómo no todo lo que parece celo es conforme con la vo-

luntad de Dios; bueno parecía el que mostraban los criados del Padre de familias en querer arrancar la cizaña; y con todo, no les fué esto permitido. Dispone Dios en su infinita longanimidad que sean tolerados los malos, ya porque los que hoy son tales quizá mañana serán buenos, ya para no perjudicar también á los justos con la ruina de ellos. ¿Qué hubiera sido de ti si el Señor hubiese querido tratarte con el rigor con que tú querías que castigase á ese pecador que menosprecia tus consejos? ¡Cuántas veces podría Jesucristo decirnos lo que á los hijos del Zebedeo: «No sabéis el espíritu que os mueve!» Mas reflexiona que la cizaña puede crecer hasta la siega, y no más. Llegado este tiempo, esto es, la muerte y el juicio, será cortada irremisiblemente; ya no afeará más el campo del Padre de familias; ya no podrá perjudicar al buen trigo; ya no podrá prometerse otro destino que el que dice el Señor: «Ser atada en haces y arrojada al fuego eterno». Atada en haces, ¡qué apretura, qué rabia sentirán los que fueron cómplices del mismo crimen! ¡Qué desesperación tan horrible, viendo que no pueden separarse por toda una eternidad aquellos que se aborrecen con toda su alma, y que no quisieran verse juntos un solo instante! Y, sin embargo, estarán sujetos, ligados, é inseparablemente atados, y, lo que horroriza sobremanera, estarán sumergidos en un pozo de fuego que horriblemente los atormentará sin consumirles, ni embotar sus potencias, ni disminuir jamás su ardor. ¡Ay de los que son cizaña en el campo del Padre de familias si abusan de su paciencia y longanimidad, y no procuran convertirse en buena semilla! ¿Lo hemos sido nosotros alguna vez con nuestros escándalos? ¡Oh Padre amantísimo! Tocad con eficacia el corazón de los pecadores para que se conviertan; mostradles con claridad que están atesorando ira para el día de la venganza y del juicio postrero, para que, espantados del precipicio en que van á caer, se alejen de él y vuelvan al camino de la santidad que habían abandonado.

Epílogo y coloquios. ¡Oh astucia diabólica! ¡Cuánto trabajas para perder á la humanidad! En este dilatado y extenso campo ha sembrado el Padre de familias el trigo bueno, precioso y fructífero de los buenos y virtuosos; mas el demonio, envidioso de la suerte de éstos, acecha el momento de sembrar la cizaña de los malos, ya pervirtiéndolos á ellos, ya suscitando hombres malvados que con sus perniciosas doctrinas y pésimos ejemplos los aparten del buen camino. El demonio vigila, y los encargados de custodiar el campo duermen. Aquél trabaja por convertir en cizaña el buen trigo, y nosotros ni nos afanamos por convertir en buen trigo la cizaña, ni siquiera por conservar la bondad de aquél! Sólo sabemos lamentarnos de la abundancia de cizaña que observamos, y desear con espíritu vengativo tal vez que Dios la arranque al momento, sin misericordia ni compasión. ¡Cuánto distamos de los sentimientos amorosos de nues-

tro amante Padre! Él es longánimo, paciente y amigo de esperar al pecador; pero con el duro y obstinado es severo, fiel en cumplir sus amenazas, y en no volver atrás desde el instante que ha caído en las manos de su justicia. Nosotros vamos por camino opuesto. Fáciles en querer castigar, inconstantes en aplicar el castigo que exige la justicia. ¿No es este nuestro proceder? ¿En qué cosas debemos corregirnos y enmendarnos? Pensémoslo seriamente, y haciendo eficaces propósitos, supliquémos al Señor nos ayude á cumplirlos, y nos auxilie en todas las necesidades.

DOMINICA VI DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

PRELUDIO 1.º Compara Jesús el reino de los cielos al grano de mostaza, que, sembrado, nace, crece y se hace grande árbol, y á la levadura, que hace fermentar toda la masa y la comunica sabor.—(Matth., XIII, 31-55.)

PRELUDIO 2.º Representate á ti mismo con los discípulos, oyendo las palabras de Cristo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de hacer caso de las cosas pequeñas.

Punto 1.º Considera cómo, tanto en el orden material como en el orden moral, de principios insignificantes suelen originarse gravísimas consecuencias. De un grano de mostaza se hace un árbol, como dice el Salvador; así, de gotas de agua se forman los grandes ríos; de una insignificante gotera viene la ruina de un edificio; de granitos de arena se levantan grandes montes. Todo esto sucede más palpablemente, si cabe, en el orden moral. ¿Qué cosa más insignificante que un instante de tiempo? Sin embargo, en él puedes merecer, si lo aprovechas, un eterno peso de gloria, y si lo malgastas, tormentos interminables. Una resistencia á la divina inspiración, una ligera desobediencia, un pensamiento momentáneo, pueden dar origen á males inmensos y á una eterna ruina. ¡Con cuánta razón nos advierte el Espíritu Santo que el que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá! Son ellas como el grano de mostaza del Evangelio. ¿Qué juicio formamos de las mismas? ¿Cómo miras tú las faltas ligeras? ¿Las cometas acaso sin repugnancia? Teme la sentencia de san Agustín, que dice: «Si has echado de ti la mole del pecado mortal, mira no seas oprimido por la arena de las culpas veniales». ¡Oh amantísimo Jesús! Sea mi alma, como vuestra fiel Esposa, toda hermosa, sin mancha, ni arruga, ni imperfección alguna; purifícala de las culpas pequeñas, y haced que mire con interés todo lo que os agrada para hacerlo, y todo lo que os disgusta para omitirlo.

Punto 2.º Considera cómo en la levadura de que nos habla el Salvador, puede entenderse en sentido moral la intención pura y recta que debe acompañar todas nuestras obras, para que sean agradables á Dios y meritorias de vida eterna. Porque así

como la levadura de tal manera hace fermentar la masa que, de insípida que antes era, viene á ser, después de cocida, un pan sabroso y suave al paladar, del propio modo la recta intención hace que las obras por sí indiferentes, como el comer, beber, descansar y otras semejantes, vengan á hacerse buenas y gratas al Señor. Este es el ojo limpio y puro que da brillo á todo el cuerpo, como dice Jesús. El cual, no sólo quiere que conservemos con nosotros esta preciosa levadura, sino que, además, nos manda que nos preservemos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Entra dentro de ti mismo, y escudriña con cuidado qué clase de intención te mueve en las obras que ejecutas. ¿Pretendes con ellas agradar vanamente á los hombres? ¿Buscas exclusivamente la gloria de Dios? ¡Oh Dios sapientísimo! Sé que Vos sois el escudriñador de los corazones, y si los hombres sólo pueden ver lo exterior, Vos penetráis hasta lo más íntimo del alma; haced que mis obras sean tales, que puedan presentarse ante vuestro divino tribunal sin peligro de ser rechazadas; dadme intención recta y ojo limpio, de modo que, sin ofender á los hombres, os agrade siempre á Vos.

Epílogo y coloquios. ¡Con qué sencillez, claridad y viveza nos advierte Jesús que miremos con interés las cosas pequeñas! ¿Qué cosa más diminuta que un granito de mostaza? Puede decirse que es la menor de las semillas que suelen sembrarse. Con todo, puesto bajo la tierra, fecundado con la humedad y el calor, nace, crece y se hace un árbol. ¿Qué cosa más despreciable que un pedacito de levadura? Sin embargo, escondida dentro de una notable cantidad de masa, la hace fermentar, la comunica sus cualidades, y la dispone para que, pasando por el fuego, se convierta en sabroso y nutritivo pan. Esto hacen en nosotros las cosas pequeñas. Una falta ligera, una murmuración sencilla, una resistencia momentánea á la gracia, pueden dar origen á un poderoso y corpulento árbol, que sirva un día para cebo del fuego eterno del infierno. Por el contrario, la correspondencia á una santa inspiración, una obra virtuosa, una intención pura, pueden producir bienes inmensos. Las gracias divinas están de tal modo encadenadas, que la una atrae otras muchas; y, al revés, cada resistencia es un nuevo paso con que nos alejamos del Señor. ¿Qué hacemos, pues, en vista de esto? ¿No haremos caso de cosas pequeñas? ¿No tendremos horror á las faltas, aunque ligeras? Meditemos atentamente lo que más nos interesa; propongamos con firmeza, y pidamos con grande fervor por nosotros y por todo el mundo.

DOMINICA DE SEPTUAGÉSIMA.

PRELUDIO 1.º Semejante es el reino de los cielos á un Padre de familias, que en distintas horas llama obreros para su viña, y al terminar el día da á todos el mismo salario.—(Matth., xx, 1-6.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á este Padre de familias llamando á los obreros y pagándoles lo ajustado.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de ser fervorosos en el divino servicio.

Punto 1.º El reino de los cielos es semejante á lo que pasa á un Padre de familias, que sale á diversas horas del día á llamar obreros para su viña, ajustando á los primeros por un denario, y á los demás prometiéndoles dar lo que sea justo. Sale también á última hora, y habiendo reprendido á algunos que estaban ociosos, mandólos, como los otros, á su viña. Considera acerca de esta primera parte de la parábola que el Padre de familias representa á Dios, el cual, aunque es un Señor soberano y Rey omnipotente, nos ama como un padre, y gusta llamarse con este cariñoso nombre y que todos nos tengamos por hermanos. El día significa el tiempo de la vida de cada uno, compuesto de varias horas ó edades distintas, como son la niñez, adolescencia, virilidad y vejez. La viña es la propia alma de cada hombre, la cual, para dar fruto, tiene necesidad, como la cepa, de estar arrimada al palo de la Cruz, de ser regada con el agua de la gracia, ayudada con el calor del Espíritu divino y cultivada con cuidado, ya preservándola de los animales dañinos, ya podándola y limpiándola con cuidado, ya arrancando de su alrededor las malas hierbas. El denario de plata por el que se contratan los obreros, recuerda la gloria del cielo, la cual es preciosa, como lo indica la plata; es eterna, como lo significa la redondez del denario, y consiste en la vista de Dios, el cual se deja ver de sus escogidos en el cielo, al modo que en el denario se ve la imagen del rey. Los obreros son todos y cada uno de los mortales venidos á este mundo, no para descansar, sino para trabajar; no para ocuparse en mundanos recreos y en trabajos inútiles, sino para trabajar en el bien de su alma y alcanzar su eterna salvación. Pondera ahora la benignidad y misericordia de Dios, que, sin tener necesidad de nadie, llama tantas veces á los hombres, ya por sí, ya por otros; y aunque muchos le desprecien, Él no deja de llamar en todas las épocas y circunstancias de la vida. ¿Hemos oído nosotros su divina inspiración? ¿Hemos hecho el sordo á su llamamiento, prefiriendo el continuar en la más reprehensible ociosidad? ¡Oh Padre mío amantísimo! ¿Qué necesidad teníais de este miserable gusanillo, que habéis estado llamándome tan repetidas veces? ¿Cómo no os detenía mi intolerable ingratitud en desoír vuestras voces? Perdonadme, Padre mío, y haced que jamás me atreva á resistir á vuestro llamamiento.

Punto 2.º Considera cómo, llegada la noche, mandó el Padre de familias á su mayordomo que pagase á los obreros, dando á cada uno un denario, tanto á los que habían trabajado todo el día, como á los que sólo habían estado una hora; y murmurando los primeros, fueron reprendidos por el Padre de familias, diciendo que los últimos serían los primeros, y éstos vendrían á ser los últimos, porque muchos son los llamados, pocos los escogidos. Pondera aquí cómo el fin de la vida es el tiempo en que cada uno recibe la paga que ha merecido según sus obras; cuya paga no depende tanto del tiempo que ha durado el trabajo, cuanto del fervor y de la diligencia con que se ha trabajado; de lo mucho que uno mismo se ha vencido; de la pureza de intención que ha tenido; y, sobre todo, de la caridad con que ha trabajado. Mira la miseria del hombre tibio, representado en los obreros que estuvieron todo el día en la viña. Es mercenario, trabajando sólo por el lucro y propio interés; es envidioso, sintiendo los favores que á otros se hacen como si fueran males que él recibe; fatigase mucho y aprovecha poco, llevando con disgusto el peso del día y del calor; por fin, presume mucho de sus obras, y no quiere ver que están llenas de imperfecciones y son desagradables á Dios. Por el contrario, los fervorosos, á imitación de los otros obreros, sin tanto trabajo y cansancio reciben el mismo ó mayor premio. ¡Oh si tú fueras ferviente en el divino servicio! ¡Qué caudal de méritos atesorarias! Oye con temor la sentencia del Señor, que dice: «Muchos son los llamados, pocos los escogidos»; esto es, muchos son los pecadores, pocos los justos; muchos los tibios, pocos los fervorosos; muchos los mercenarios, pocos los que trabajan por amor. ¿Á cuáles perteneces tú? ¡Oh Jesús! Sea yo de vuestros escogidos, de modo que, sirviéndoos con fervor y caridad, merezca ser de los elegidos para la gloria!

Epílogo y coloquios. ¡También á nosotros se ha dignado llamar el Padre de familias para el cultivo de la viña de nuestra alma! Quizá en la niñez, tal vez en la adolescencia, virilidad ó ancianidad, ó más bien en todo tiempo. ¡Ah! ¡Cuántas veces ha resonado en nuestro corazón la voz de este amoroso Padre! De ninguno de los obreros del Evangelio se lee que resistiese al ser llamado; pero nosotros hemos resistido innumerables veces. Aun ahora continúa llamándonos Dios, y exhortándonos á que cultivemos la humildad, paciencia, abnegación ú otras virtudes. ¿Cómo respondemos al divino llamamiento? El momento de la paga se va acercando. El fin de la vida de cada uno será el instante venturoso para los que hayan sido dóciles al divino llamamiento y fervientes en el servicio de Dios; entonces recibirán un precioso denario, y serán introducidos en el gozo del Señor; empero para los rebeldes á la divina voz y los holgazanes en el cultivo de su viña, no será venturoso, sino triste, afflictivo, des-